



14 de diciembre de 2018

Queridos Capellanes, Sacerdotes y Diáconos

Queridas Comunidades Religiosas

Queridos hermanos y hermanas de nuestra Diócesis.

Estamos terminando este año que Dios nos ha regalado y quisiera invitarlos a que nos pongamos en oración frente al Pesebre. Allí se encuentra y resplandece el misterio de la Navidad; misterio en el cual el Niño Jesús nos sale al encuentro encarnando lo que el Salmista proclama: «El Amor y la Verdad se encontrarán, la Justicia y la Paz se abrazarán; la Verdad brotará de la tierra y la Justicia mirará desde el cielo. El mismo Señor nos dará sus bienes y nuestra tierra producirá sus frutos.» (Sal 85, 11-13) Este Niño nos interpela y nos sensibiliza para que nos pongamos en oración teniendo en nuestra mente y en nuestro corazón aquellas intenciones que son comunes a toda nuestra familia, a toda nuestra iglesia diocesana.

Como nos compartía la Comisión permanente de Obispos en el mensaje con motivo de la Navidad que está a las puertas: «En el esperanzador tiempo navideño, nuestro corazón presiente una buena noticia y nuestra mirada se fija en el pesebre...»

Ciertamente, necesitamos reavivar nuestra esperanza porque vamos terminando un año en que hemos vivido situaciones muy difíciles en nuestro país, como por ejemplo el peligro y el mal del aborto que nos acecha en las sombras o el sufrimiento de tantos hermanos nuestros que padecen las

consecuencias económicas de la pobreza, de la inseguridad, de la falta de justicia, de los sueños incumplidos...

Por eso, quiero invitarlos a unirnos todos en este tiempo previo a la Navidad: pongámonos en oración común mediante la plegaria en familia ante el Pesebre, la Adoración del Señor Sacramentado en nuestros templos o la Celebración de la Eucaristía en nuestras comunidades castrenses.

Llevemos ante la presencia del Señor Jesús nuestras necesidades:

Pidamos por nuestras Familias y sus dificultades, por los matrimonios que están en crisis. Por los hijos, hijos de este tiempo, necesitados de contención y luz.

Pidamos por nuestro país que a 35 años de haberse recuperado la democracia tenga presente sus raíces cristianas y culturales, cuidando la defensa de la vida, la promoción del trabajo, el cultivo de la paz, el esfuerzo por la justicia y por la educación de nuestros niños y jóvenes al margen de toda ideología.

Pidamos por nuestros gobernantes para que trabajen con honradez y rectitud de proceder en pos del bien común de todos los argentinos, ayudando a superar las brechas y los enfrentamientos estériles.

Pidamos por los presos de nuestra familia diocesana, muchos de ellos sufriendo injustamente, y por sus familias, esposas, hijos y nietos que mucho sufren esta situación.

Busquemos juntos el hondo sentido de la reconciliación en la verdad, reconociendo las culpas y los errores de todos; aventurémonos por el camino del perdón mutuo y animémonos a amar con sinceridad de corazón, sanando heridas y tendiendo puentes de diálogo y entendimiento recíproco.

Como decía en mi homilía con motivo de la Celebración de Nuestra Señora de Loreto, el pasado 10 de diciembre, y pensando en el drama del pecado original:

“Volviendo a Adán y Eva vimos que les costó mirarse a cada uno, poniendo la culpa en el otro. El drama en nuestras relaciones y que tanto nos cuesta a los argentinos, es que mayormente la culpa la tiene el otro, el primer paso lo tiene que dar el otro, y así proyectamos en el otro muchos de nuestros males. Si nos diéramos cuenta de ello, quizá sería más fácil y posible, sentarnos en una misma mesa y ver nuestra reciente

historia, con verdad y por tanto con objetividad, sabiendo ver y reconocer el mal de cada uno, y poder así avanzar hacia el encuentro de todos los que compartimos este suelo y esta querida tierra.”

En ésta línea les decía al Consejo Presbiteral reunidos la importancia de “tener en cuenta que como cuando uno se prepara a dar un salto vamos un poco para atrás y así agarrar envi6n. Invito por ello a mirar el pasado con esp6ritu constructivo e intentar ver y descubrir los signos de Dios, el paso de Dios por nuestra realidad eclesial castrense y como l6gica contrapartida descubrir lo que no fue de Dios, para no continuar en aquello que no es de Dios, y si es menester saber con humildad pedir sinceramente perd6n”.

Invito a todos a volver a leer para rumiar y hacer oraci6n, el Documento Iglesia y Comunidad Nacional, 37 a6os despu6s impresiona su prof6tica actualidad:

“Consideraciones Finales:¹

Estamos ante la tarea de reconstruir la Naci6n a partir de sus bases morales y culturales m6s profundas. Entre 6stas, en particular deseamos enumerar:

- poseer un amor positivo a la vida, transmitida en el matrimonio s trav6s de la paternidad fecunda y responsable, y no matar ni herir la vida de nuestros hermanos; un respeto inviolado a la dignidad del hombre, de todo el hombre y de todos los hombres;

- un verdadero esp6ritu de libertad, que no nos lleve a dissociarnos en nuestros ego6smos, sino a crear profundos v6nculos comunes;

- un esp6ritu de austeridad, que sabe ser feliz con pocas cosas sin necesidad de la opulencia;

- un esp6ritu de sencillez y humildad ligado a un 6mpetu emprendedor y creativo.

Hemos de reanudar el esfuerzo de recuperamos a partir de la inspiraci6n del humanismo cristiano que nos ha dado origen, de una identidad forjada a lo largo de m6s de cuatro siglos, y de una renovaci6n de nuestro propia ser, que nos permita crecer y madurar.

En el 6mbito pol6tico, hemos de convencernos todos de la urgencia de una acci6n solidaria.

¹ CEA, Documento Iglesia y Comunidad Nacional N° 197-202, 1981.

Es nuestra convicción que el mal de la Nación se debe en gran parte a sectarismos y a demagogias que no datan de hoy, sino que renacen siempre; y que nos han desgarrado hasta la violencia.

También estamos persuadidos de que los problemas de la Nación sólo podrán solucionarse cuando todas sus fuerzas se hayan unido y estén dirigidas hacia un objetivo común. Los problemas pueden hacerse abrumadores, pero existe en nuestra Nación un potencial enorme para afrontarlos. Y nada de este caudal puede ser descartado. Tampoco pueden dejar de considerarse las energías de aquellos que han errado y se avienen a trabajar por sus ideales en el cuadro de una convivencia pacífica y al diálogo. ¿Qué sector de todos los que integran la familia argentina ha tenido algún margen de error?

Esperamos confiadamente que los diversos sectores de la Nación como las distintas agrupaciones se muestren dispuestos a trabajar, conservando sus propias peculiaridades, en el cuadro de una unidad y solidaridad exigidas por el bien común.

Para aunar fuerzas y tomar una aspiración común, que nos congregate y fortalezca, es necesario, sin duda, establecer convergencias nacionales básicas, en cuya determinación nadie sea excluido, sino que participen todos los sectores e instituciones. Se trata de recoger las fundamentales aspiraciones de nuestro pueblo.

Para poder converger hacia una unidad y participación que no haya nadie injustamente excluido, es necesario, previamente, coincidir en un espíritu y práctica de reconciliación. Es en este punto donde el espíritu cristiano ofrece, en este momento de su historia, su aporte más propio y específico. Creemos que es nuestro deber como obispos de la Iglesia apoyar con nuestra palabra la convocatoria a una total y profunda reconciliación nacional.

Pronunciamos, no obstante, esta palabra reconciliación con cierto temor de que no se le otorgue el significado que corresponde. No se trata de un apaciguamiento sentimental y emotivo de los ánimos; de un superficial y transitorio acuerdo. Para ser aceptable, viable y eficaz, la reconciliación ha de estar fundada en condiciones que le otorguen una base durable:

Ha de estar cimentada ante todo en la verdad, la cual, en el plano de la convivencia social y política, se convierte en una voluntad de veracidad y de sinceridad, que evita el ocultamiento, el engaño y la simulación. Es necesario desterrar la práctica de la mentira en todos los órdenes.

La reconciliación, igualmente, ha de estar basada en la justicia. Sería una burla arrojar sobre la persistencia de la injusticia el manto de una falaz reconciliación. No podemos dejar de comprobar que, a lo ancho del mundo y en la particular historia de nuestro pueblo, se ha despertado el sentido de la justicia. La conciencia humana y la conciencia nacional la han situado en el centro de sus anhelos. Ello atestigua el carácter ético de las tensiones que nos invaden y nos indica también que dichas tensiones subsistirán si se mantienen formas sistemáticas de injusticia. La Iglesia comparte con los

hombres de nuestro tiempo y con los conciudadanos de nuestra Nación este profundo y ardiente deseo de una vida justa bajo todos sus aspectos.

Sin embargo, la experiencia demuestra que otras fuerzas negativas, como el rencor, el odio, la revancha e incluso la crueldad, han tomado la delantera a la justicia. Más aún, que, en nombre de la misma justicia, se ha pecado contra ella. Como nos exhorta Juan Pablo II: "El ansia de aniquilar al enemigo, de limitar su libertad y hasta de imponerle una dependencia total, se convierte en el motivo fundamental de la acción; esto contrasta con la esencia de la justicia, la cual tiende por naturaleza a establecer la igualdad y la equiparación entre las partes en conflicto. Esta especie de abuso de la idea de justicia y la alteración práctica en ella, atestiguan hasta qué punto la acción humana puede alejarse de la misma justicia, por más que se haya emprendido la acción en su nombre. No en vano Cristo rechazaba de sus oyentes, fieles a la doctrina del Antiguo Testamento, la actitud que ponían de manifiesto las palabras 'ojo por ojo y diente por diente'. Tal era la forma de alteración de la justicia en aquellos tiempos; las formas de hoy día siguen teniendo en ella su modelo. En efecto, es obvio que, en nombre de una presunta justicia (histórica o de clase, por ejemplo), tal vez se aniquila al prójimo, se lo mata, se lo priva de la libertad, se lo despoja de los elementales derechos humanos. La experiencia del pasado y de nuestros tiempos demuestra que la justicia por sí sola no es suficiente y que, más aún, puede conducir a la negación y al aniquilamiento de sí misma, si no se le permite a esa forma más profunda, que es el amor, plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones."

Necesitamos los argentinos superar aun la misma justicia mediante la solidaridad y el amor. Necesitamos, urgentemente, alcanzar esa forma superior del amor que es el perdón. Si edificamos sobre estos pilares de la verdad, la justicia y el amor, podemos estar ciertos de que alcanzaremos la tan ansiada y necesaria reconciliación, y la Argentina logrará ser un ámbito de auténtica libertad para todos sus hijos."

Abramos el corazón para que, este tiempo de Navidad que se aproxima, nos encuentre más cerca el uno del otro; y la única forma es acercándonos al Niño Jesús que, en el misterio del Pesebre, nos muestra la inocencia que nos engrandece, la humildad que abre las puertas a la reconciliación y el amor que sana todas las heridas.

+ MONS. SANTIAGO OLIVERA

OBISPO CASTRENSE DE ARGENTINA